

La voz interrumpida

Raúl Deustua

1

Me desvela en la noche el ruido
de mis sueños —mi hija habla y me sonrío,
escucho sus palabras, son las hojas
que recubren de nieve lo que sueño.
Desde la nada vienen y me llevan
a un diálogo de amor, a las orillas
de un mar que desconozco,
azogue donde el rostro se diluye.
Lejanas otras voces; mis hermanos
regresan desde estepas y me cuentan
que suele ser así, que nadie muere.
Bajo los árboles bebemos,
hablando de la pena, de las áridas
mañanas del estío cuando el mar
por un instante se ausentaba y
nos despertaba su silencio.

La tarde es pálida: ¿y si sueño?
La voz de mi hija viene desde siempre
y yo la escucho sin saberlo, pero
sé que su voz ha remontado ríos
inmensos de vigilia.

2

Tu sombra es oro entre mis manos, oro
 tu voz que está soñando —¿o sueño yo?—.
 Tú decías
 «vi largos corredores de alabastro,
 roca pura,
 paredes transparentes».
 Me envuelven tus palabras, quiero en ellas
 rescatarte,
 soy ciego ante esos muros
 que con amor mis manos buscan,
 soy ciego y mudo
 pero mi amor es inocente.

3

Mi soledad tiene tu nombre,
 me hiera el sueño
 la sombra misma.
 Por un instante el rostro es sal, escarcha,
 apenas una nube densa, signo
 del mar que está creando en vano.
 Después me miras —y mirar es todo—
 vivir atado a pórticos
 cada vez más remotos, quizás altos,
 islas donde tu nombre es oro.

4

¿Por qué su voz ahora, su silencio?
 Su cuerpo entre la niebla, devorado
 diez mil años atrás,
 voraz la niebla

y apenas esos cantos.

(¿La he vivido,
recordado, pensado entre palabras
cuya miel no es ya de hoy?).
El tiempo está vibrando, paulatina-
mente retiro de las rocas trozos
de piel que se desprenden,
uñas hermosas cuyo brillo entierro
entre mis párpados abiertos, manos
y gestos súbitos, palabras dichas,
heladas en el aire seco, piedras
y más piedras, pirámides de hierro
cuyo basalto es el amor hundido
entre árboles vencidos por la noche.

5

(Me vence la pirámide del sueño
y sueño solitario con el ave
que posada en mi mesa contemplaba
mi rostro en tu recuerdo.)

Con estas manos voy palpando muros
moradas que se hacinan con los años,
manos y muros y moradas, vanos
pasos de amor, mirar de ciego, esfera
perfecta donde sólo habita el tiempo.
La palabra del párpado, del polvo,
el silencio lunar que me lastima;
puente de amor que no construyo
en la penuria de la piedra
—que mi nada separa de tu nada—
la piedra que mi voz no engendra nunca.

¿Y la tuya, tu voz que ardía, amaba
conmigo esta árida montaña, el río
que en la tarde era pátina del cobre,
el viento que en tus manos inventaba
un diálogo de amor,
tu voz ceñida a mí como un inmenso
manto final que está rodeando al mundo?

6

Hemos vivido hiriendo, manos
que duermen un instante,
que instan o tocan o transforman, sueñan
o son el sueño de la piel, la pálida
resonancia de un nombre, un nexo oscuro,
el revés mismo de la vida, venas
que llevan hielo al corazón del hombre.

La mano del amor tocaba el rostro,
una espiral de voces
rodeaba nuestras voces y vencía
en el destierro de la noche.

Un pájaro

brutal y silencioso revelaba
la pausada unidad de nuestra herida.
Subíamos colinas donde ardía
la lámina del río, tenue el polvo
en los ojos, memoria de otros hombres
y otros rostros, lenguaje de las aves.

Pero he vivido hiriendo, herido, muerte
frustrada entre los árboles del sueño,
la columna de amor que se levanta
y dice sólo nada, sólo el eco
de tu risa.

¿Recuerdas mis palabras,
mi voz deshilachada en tu memoria,
mi abyecta muerte cotidiana, viva
entre los vivos, entre piedras
arrancadas al tedio y al hastío?
¿Y si marchara
hacia tu muerte con mis huesos libres
ya de pena? ¿Si fueras tú mi guía
entre mis libros y mi llanto, blanco
papel donde escribiera tu memoria
y hablara simplemente de tus manos?

7

¿En qué hilo nuestro amor conlleva el sueño?
(tú sabías
que deslindar el mar era tu rostro,
que si era ciego palpaba tu amor
como una rosa).

Al cabo de los años
el sello de los días y tu voz
que irrumpe ardiendo.

El aire que redime
la noche y la macera
semeja el viento de otros años.
Una vez más los muros se levantan
y la palabra ciega al mundo
(mis ojos en la palma de las manos,
la búsqueda de sombras que revelan
tu distancia a mi amor que ulcera el sueño).

Esta pesada almendra que alimento,
este dolor de arena,

certidumbre
entera de nada. Interrumpido
el diálogo y el día que alumbraba
toda noche, la herida misma.

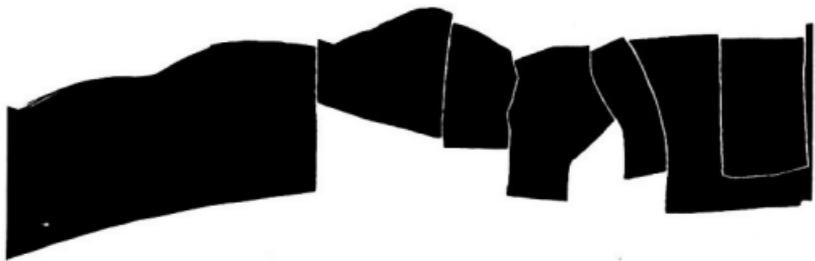
Ausencia

de pasos y de voces, brasas ásperas
que hieren mis entrañas, voces puras,
extinguidas, exangües en el eco.
Sólo mi sórdida impotencia, sólo
mi mano contra un muro, piedra ciega
que impide el paso al ciego y al vidente
—el mar a veces desde el fondo sube
y sufre en la memoria,

se alabea
el tiempo. ¿Cesará también el tiempo?



Relieve. Granito, 1965. 67 x 50 x 21 cm.



Abstracción
9

Dibujo. Tinta. 56 x 38 cm.